

EL RIO USUMASINTA.

«Antes de salir de la aldea de la Palizada, sita á unas veinte y cinco leguas al sur de la laguna de Términos, compré algunas provisiones, como gallina, arroz y carne salada; y flutando una canoa, hice conducir á ella mi equipaje, y me embarqué encomendándome á Dios. Durante una larga ausencia se encuentran á orillas de aquellos ríos de la América central, muchísimas casitas y un terreno bastante bien cultivado, lo cual nos favoreció para proveerlos de mangos, sandías y papo. Los indios nunca se embarcan sin llevar consigo este comestible, el cual consiste en una pasta de maíz, que se disuelve en agua, añadiéndole un poco de azúcar, y sirviendo así de bebida y de alimento. Es verdaderamente el mas económico de cuantos se conocen, y el mas embarazoso para el viajero.

»Remontámos el río con una lentitud que me desesperaba, cuando los remeros, á quienes nada habia podido estimular hasta entonces, divisaron una canoa que se habia puesto en marcha desde la Palizada como media hora antes que nosotros. No fué menester otra cosa para excitar su indolencia, y por lo mismo se empeñaron en ganar á la embarcación avistada la delantera, con aquella obstinacion tan natural en su raza: los que nos precedían no quisieron ceder, de lo cual resultó una desesperada lucha, que duró todo el día, causándonos la mas viva satisfacción. En semejantes caños se corre el inminente riesgo de la sumersión, cuando el remero de proa no tiene el mayor cuidado, pues la profundidad de las aguas solo permite navegar arizando todo lo posible, y acercándose mucho á las orillas del río, cubiertas de raíces, de troncos de árboles inclinados y de maleza flotante que presenta á cada momento nuevos escollos. Es preciso, además, conservar perfectamente el equilibrio, porque las cañas, formadas con árboles almeados, son angostas y ligeras. El río es en todas partes profundo, encajonado, de mucho limo, y además está lleno de cocofellos, de modo que una caída en él seria una muerte segura. A todas estas delicias hay que añadir, que los lábanos con sus alas salpicadas de manchas negras, persiguen infatigablemente al navegante durante el calor del día, así como por la noche le sacrifican á lanzadas los insubribles mosquitos.

»A ocho leguas de la Palizada, el río *Usumasinta* deslata, en la direccion del noroeste, un brazo considerable, y al otro lado de esta se-

gregacion, adquiere de nuevo su carácter salvaje, corriéndose majestuosamente el río, cuyo tamaño es ya dos veces mayor, entre dos magníficas hileras de bosques. Sus dos orillas presentan escenas de inesplicable grandeza: bambúes gigantescos, hermosos cipreses, semejantes al papiro, y palmeras de débiles y enroscados troncos, se inclinan sobre las aguas; á continuación masas de altas yerbas mezcladas de violetas silvestres, de racimos sobrecargados de frutas y de lianas delgadas y tirantes como los escolines de un navío, firman el segundo plano del cuadro. Al salir el sol, resuena en aquellas soledades el ruido que hacen las aves entre las ramas: aquel ruido es una mezcla de todos los idiomas, una confusión inmensa de sonidos estráños y discordantes. Por la primera vez escuché allí los chillidos de los monos araguales, que atruenan los bosques con su infernal balabola.

»El sol se acercaba al ocaso, cuando la canoa varó en una casaca solitaria: subimos pues la cuesta escarpada, que nos condujo á una cabana indiana, construida á la entrada del bosque, y en la cual nos dieron cuanto podian darnos: fuego y abrigo. En tanto que se preparaba nuestra comida, admiré el imponente panorama que se desarrollaba bajo mis pies. Las aguas torres y puras del *Usumasinta* dejaban ver los terribles cocodrilos verdes dormidos en el fondo; á veces un tronco impelido por la corriente les obligaba á abrir su inmensa boca, y creyendo devorar una victima, hincaban el diente agudo en el duro leño. La rabia entonces les hacia sacudir con fuerza su escamosa cola: nada se divisaba ya, porque las arenas remorllas subian á la superficie, y enturbiaban las aguas.

»Después de una comida frugal, nos preparámos á visitar los alrededores del bosque, cuando llegó á nuestros oídos un grito agudo y lastimero: al punto corrimos hácia el río, pero los apañados troncos de los bambúes y la oscuridad de la noche nos opusieron invencibles obstáculos; inutilmente escuchamos con atención para oír si el grito se repetia: la orilla del *Usumasinta* permanecia silenciosa y desierta; solo llegaba á nuestros oídos el ruido de su corriente, y el zumbido de los insectos sobre las plantas acuáticas.

»Tal vez algun viajero estraviado cesaba de resbalar en aquella peligrosa pendiente; acaso al romper la fuerza de las aguas del río, algun infeliz navegante habia sido preso de los caimanes. Nos perdimos

en mil conjeturas y nos dirigimos tristemente á la cabaña con los corazones oprimidos por dolorosos pensamientos.

«Este incidente varió el curso de nuestras ideas; nuestro huésped nos refirió estentamente los peligros que le cercaban: los jaguarés ó caozes americanos ahondaban en el bosque inmediato, y los caimanes llegaban á atravesarse hasta muy cerca de la cabaña para sorprender durante la noche á sus perros ó á sus aves. Estos permenores me interesaron sin agrádamme: y como debíamos pasar la noche en un estrecho cobertizo, abierto y muy poco distante de la cabaña, introduje dos balas en mi fusil y previne á los indios que hiciesen una buena fogata.»

Las líneas que preceden están copiadas del *Diario* inédito de Monsieur A. Morellet, que completa su relación con los portadores siguientes:

«El río *Usumasinta*, cuyo nombre apenas se conoce, y cuyo inusitado curso tal vez no puede seguirse en nuestras cartas, merece sin embargo el primer lugar entre los mas importantes de la América central. Nace en las montañas del Peten, al sur de la provincia de Yucatan, y atraviesa de este á oeste las solitarias arboledas en que, con el nombre de *locandones*, andan dispersos y errantes los últimos restos de la nacionalidad indiana; recibe entre sus afluyentes las aguas del río Lacantón, que pudiera disputarle la primacía, y despues de vencer el inmenso obstáculo que le oponen las altas montañas del territorio, abre un profundo remanso en los aluviones del Tabasco, y desemboca por tres grandes brazos en la laguna de Términos y en el Golfo Mexicano. Puede calcularse en ciento cincuenta leguas, cuando menos, la extensión de su curso; la primera mitad desde su desembocadura es navegable para buques que no calen mas que doce pies de agua. A tres leguas de Tenosico se divide el *Usumasinta* en dos brazos, uno de los cuales parece destinado por la Providencia para el riego de unos terrenos en que el hombre nada pone para hacerlos fércaces y ricos: surcos de agua naturales humedecan la tierra virgen, que tan sazonados frutos produce; y esos canales que nunca se secan y que reciben alimento continuo de las montañas de Yucatan, impiden al mismo tiempo que el brazo principal del *Usumasinta* inunde todo el territorio, como aconteceria si la sangría del que sirve para regar sus campos, no evitase el crecimiento de las aguas de aquel. Por lo demás, los árboles de tan envidiable comarca conservan sus hojas á pesar de los rigores del invierno, y la tierra, dotada de una fuerza y de una juventud eternas, produce sin cansancio y casi sin esfuerzo, azúcar, café, tabaco, especias: en una palabra, todo lo que la mano del cultivador exige de su fecundidad maravillosa.»

## TEATRO DE ROXAS.

Entre los seis grandes nombres que los eruditos colocan en el primer orden de nuestro teatro español, ademas de los de *Lope de Vega*, *Caldere de la Barca*, *Tirso de Molina*, *Moreto* y *Alarcón*, figura debidamente el de D. FRANCISCO DE ROXAS. Las obras de este eminente autor dramático son generalmente poco conocidas, pero algunas de ellas, que á fuer de su inmenso valor han salvado del olvido y llegado hasta nosotros en la escena, bastarían para colocar á Roxas en aquel eminente puesto, si las muchas otras en que ostentó su rica fantasia, su grande intencion dramática y su elegante y sublime dición poética, no quedasen como de reserva para sancionar en caso necesario aquel acertado fallo de los críticos eruditos.

Los títulos de Roxas á su gran popularidad son los dramas tan conocidos y simpáticos, *García del Castañar*, *Donde hay agravios no hay celos*, *Casarse por vengarse*, *Los Aspides de Cleopatra*, *La que son mugeres*, y *Abre el ojo y avisa á los casados*; que son los únicos que el público está acostumbrado á ver en la escena, si bien quedan todavía otros muchos, como *El mas impropio verdugo*, *El Cain de Cataluña*, *Progne y Filomena*, *Los amantes de Verona*, *El tercero de su ofensa*, y *No hay ser padre siendo rey*, que no por mas olvidados encierran menos bellezas de primer orden, especialmente en el género trágico, en el cual tiene Roxas poca competencia entre los autores españoles. Verdad es que si quisierámos señalarle esa especialidad, pudiera respondernos al instante con obras de bien diferente índole en su argumento y estilo, como *Don Diego de Noche*, *El Sordo y el Montañés*, y aquel chistosísimo tipo de *Don Lucas del Cigaral*:

«Yambo un poco, calvo un poco,  
doi pocos verdimoreno,  
trece pocos desaliado  
y coxeruta muchos puercos.»

en donde el festivo donaire de la acción y la gracia del estilo, no tienen que envidiar á las mas felices creaciones del maligno Tirso, del chistoso y epigramático Moreto.

En cuanto á la potencia y elegancia de la dición, sucede á Roxas lo mismo que en cuanto al género de los argumentos, remontándose

á veces á las más altas regiones de la bella poesía, á intrínsecas obras en el oscuro laberinto de los conceptos alambicados al gusto gongorino.—De las primeras pudieran citarse ejemplos numerosos, y casi toda la magnífica creación del *García*, tan popular que no hay aficionado que no la sepa de memoria; de los segundos, abundarían tambien por desgracia las citas en cada uno de los dramas, especialmente trágicos, de Roxas, como *Los Aspides de Cleopatra*, *Los tres blasones de España*, y *El Cain de Cataluña*. Por último, de la sultura y de su cómica de sus diálogos, de la epigramática expresión de sus graciosos, y de su chiste especial y característico, ¿quién no conoce aquel delicioso soliloquio de Sancho en la comedia del *Amo Criado*, que empieza:

«Después de Dios, bodegon,»

en que hay espresiones felices y epigramáticas como las siguientes:

«(Bendito seas vos, Señor,  
que no me habeis dado honra!»

¡Que aquestos duelos proigan!  
¡que sea el mentir afrenta!  
¡que no importa el que yo mienta  
y importa que me lo lo digan!

y sobre todo el admirable diálogo de don Lope y su criado Moron en la comedia *No hay amigo para amigo*, que ha merecido ser inserto en todas las colecciones de trozos escogidos de nuestro teatro, y que no reproducimos aqui por esta razon?

De D. Francisco de Roxas se saben muy pocas noticias.—Don Nicolás Antonio, y despues García de la Huerta, le suponen nacido en San Estéban de Gormaz; Montalvan en su *Para todos*, y despues el señor Lista, lo colocan entre los hijos de Madrid; pero el erudito Alvarez Baena resolvió negativamente la cuestion en sus *Hijos ilustres de Madrid*, asegurando que en las pruebas que hizo para tomar el hábito de Santiago, consta que nació en Toledo en 1631, y que fueron sus padres el alférez D. Francisco Perez de Roxas y doña Mariana de Vesga Coballos.—Estas son las únicas noticias que de él tenemos; y de sus comedias en coleccion solo existen dos tomos ó partes, impresas ambas en Madrid en 1680, y que comprenden solo veinté y cuatro de aquellas. Las demás que damos por suyas en la adjunta lista, las hemos visto impresas ó manuscritas con su nombre, aunque no garantizamos la autenticidad de todas ellas, y aun de algunas, como la de *En Madrid y en una casa*, nos inclinamos á la opinion del señor Hartzbusch, de que pudiera ser del maestro Tirso de Molina.

R. DE M. R.

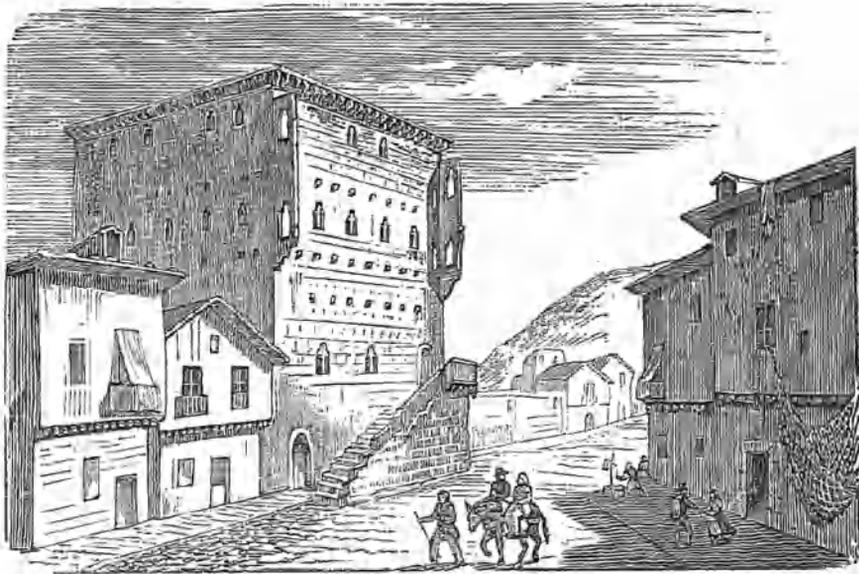
## COMEDIAS

ATRIBUIDAS Á D. FRANCISCO DE ROXAS.

Abre el ojo, y avisa á los casados.  
Á lo que obliga el desden.  
Amantes (los) de Verona.  
Antes de nacer nacido.  
Aspides (los) de Cleopatra.  
Bandos (los) de Verona.  
Buena manera es lo mejor.  
Caballero (el) del Fello.  
Cada cual lo que le toca.  
Cain (el) de Cataluña.  
Carboneros (los) de Francia.  
Casarse por vengarse.  
Confusion (la) de fortuna.  
Cerco (el) de Sevilla.  
Del rey abajo ninguno, García del Castañar.  
Desafio (el) de Carlos V.  
Desden (el) vengado.  
Difunta (la) pleiteada.  
Donde hay valor, hay honor.  
Donde hay agravios, no hay celos, el *Amo Criado*.  
Don Pedro Niago.  
Don Diego de Noche.  
Don Gil de la Mancha.  
Encantos (los) de Medea.  
Encantos (los) de la China.  
Encantos (los) de Breteña.  
Entre bobos anda el juego, Don Lucas del Cigaral.  
En Madrid y en una casa.  
Esmeralda (la) del amor.  
Esclava (la) de su galan.  
Esto es hecho.  
Galán, discreto y valiente.  
Judas Macabeo.

Lo que son mugeres.  
 Lo que mienten los indicios.  
 Lo que Dios al hombre premia.  
 Lo que quería ver el marqués de Villena.  
 Loca (la) del cielo.  
 Lucrecia y Tarquino.  
 Mártires (los) de Calahorra.  
 Mártires (los) de Valencia.  
 Mas vale maña que fuerza.  
 Mas (el) impropio verdugo.  
 Mas pesa el rey que la sangre.  
 Mas es querer que poder.  
 Médico (el) de su amor.  
 Morir pensando matar.  
 Murmuraciones de aldea.  
 No hay amigo para amigo.  
 No hay dicha ni desdicha hasta la muerte.  
 No hay duelo entre dos amigos.  
 No hay ser padre siendo rey.  
 No intente el que no es dichoso.  
 Nuestra Señora de Atocha.  
 Nuestra Señora del Rosario, y Corona mas hermosa.  
 Numancia destruida.  
 Obligados y ofendidos.  
 Obreros (los) del Señor.  
 Patio (el) de palacio.

Feligrar en los remedios.  
 Pérsiles y Segismunda.  
 Pinares (los) de Cuenca.  
 Primero es la honra que el gusto.  
 Profeta (el) falso, Mahoma.  
 Progne y Filomena.  
 Prudencia (la) en el castigo.  
 Saber de una vez.  
 San Atanasio.  
 Santa Isabel, reina de Portugal.  
 Santa Taz.  
 Segunda (la) Magdalena.  
 Selva de amor y de celos.  
 Sin honra no hay amistad.  
 Sordo (el) y el Montañés.  
 Tercero (el) de su afrenta.  
 Trabajos (los) de Tobias.  
 Traición (la) busca el castigo.  
 Tres (los) blasones de España.  
 Trompeta (la) del juicio.  
 Varios prodigios de amor.  
 Vida (la) en el estahud.  
 Vida (la) y raptó de Elías.  
 Vida (la) de Nebot.  
 Zelos (los) de Rodamonte.



TORRE-LUCEA. (Torre-larga.)

Este bello edificio, que se levanta en el centro de la villa de Zarauz, cuya descripción dimos á luz en el número 5 de este año, es una esbelta construcción del siglo XV, labrada con sillarejos de piedra arenisca. Abandonado al presente, conserva sin alteración alguna en su exterior el carácter de la época á que pertenece; pero interiormente se resiente de su estado actual.

## AMOR A VISTA DE PAJARO.

(Continuación del capítulo XVI.)

—¿Qué quiere V., condesa; el vulgo se entretiene en dar y quitar reputaciones á su antojo; pero V., que no pertenece al vulgo antojadizo, estará completamente persuadida de que yo soy un buen muchacho.

—De lo que yo estoy persuadida es de que ese viajecillo á Bayona encierra algun misterio.

—Encierra uno, que á V. solamente osaré decirlo, porque V. sabrá perdonarlo.

—¿Piensa V. engañarme?

—Señora.....

—Sepamos.

—Yo no miento nunca.

—Rara casualidad.

—No conviniéndome decir que venia á los baños, dije á cierta persona que iba á Francia; y para no ser embustero fui en derecha á Bayona.

—Si non é vero é bene traxato.

—Condesa, ¿V. duda de mi palabra?

—Como he de dudar yo de la palabra de un hombre que para no mentir engaña; dijo la condesa riendo.

—Ocupándonos de otra cosa, ¿se divierte V. mucho en Arecha-valela?

—Tal cual. Estamos aquí mucha gente, y las reuniones, por lo tanto, son muy animadas.

—Me alegro. ¿Por supuesto se encontrarán muchos madrileños?

—Los bastantes para no perder el buen acento castellano.

—¿Y personas de aquí de las provincias han concurrido muchas?

—Las precisas para aprender el vascongado. Y á propósito, antes de ayer llegó una muchacha deliciosa.

—¿A quien V. trata?

—Si V. quiere tratarla tambien, quédese V. á comer conmigo.

—¿Come con V. esa muchacha deliciosa?

—Me gustó tanto cuando me la presentaron anoche, que la invité á comer conmigo; de modo que si V. me hace el mismo obsequio conocerá á mi Magdalena.

—¿Se llama Magdalena?

—Sí. ¿Pero qué impresión ha hecho á V. ese nombre?

—Ninguna. Únicamente iba á preguntar si esa Magdalena es pecadora ó penitente.

—Es mucho mejor.

—¿Pues qué es?

—Inocente.

La fea risueña de la condesa se entristeció al pronunciar esta palabra. ¿Será la condesa una Magdalena pecadora ó una Magdalena penitente? ¿Se consideraba tan culpable que el recuerdo de su inocencia la atormentaba como un recordamiento, ó solo sentía haber perdido ese misterioso perfume que derrama la inocencia unida á la juventud? Ni aun la misma condesa, quizás, podría responder á esta pregunta. Lo cierto es que se puso triste. Luis lo notó, y creyó adivinar la causa de tan repentina tristeza; sin embargo, como hombre de mundo, no consideró fino ni prudente hablar de ella, y siguiendo la conversacion por la parte inofensiva, dijo:

—¿Sabe V., condesa, que esa jóven debe ser sumamente hermosa cuando ha hechizado á V. su beldad?

—Amigo Meneses, ¿tan envidiosa me cree V. que haga difícilmente justicia á la hermosura de las mugeres? dijo la condesa, agradeciendo á Luis el giro que habia dado á la conversacion.

—Tan lejos estoy de creer á V. capaz de envidia, que fundaba mi opinion en que siendo V. sumamente hermosa, á juzgar por su propia hermosura, debe parecerle muy pequeña la hermosura de las demás, siempre que establezca la más ligera comparacion.

—Agradézco á V. su discreta galanteria; pero hablemos de Magdalena.

—Hablemos de ella, supuesto que V. lo desea: repuso Luis, aparentando indiferencia.

—Pues repetílo á V. una y cien veces, que es una criatura celestial.

—Tanto la encomia V., condesa, que, francamente, deseo conocerla.

—De modo que acepta V. mi invitacion de acompañarnos á la mesa?

—Es tanta la bondad de V., que temo abusar aceptando.

—Nada menos. Vamos á comer en familia, V., Magdalena y yo solos.

—Ahora temeria ser impertinente no aceptando una tan cordial invitacion.

—Que me agradeceré V. doblemente cuando conozca á Magdalena.

—¿Pero, sin exageracion, condesa, es tan hermosa esa criatura?

—Bien sabe V. que las mugeres debemos ser cruidas bajo nuestra palabra cuando hacemos tales elogios. Pero no se distingue Magdalena solamente por su hermosura, pues la hace mucho mas adorable un carácter verdaderamente angelical.

—La condesa está haciendo con sus verdaderos colores el retrato de mi adorada Magdalena; y ahora si que estoy segurísimo de no equivocarme, porque tal retrato solo conviene á la Virgen de mis amores; se dijo Luis, cayendo en una profunda distraccion, que comprendió al momento su improvisada amiga.

La condesa estaba muy acostumbrada á estudiar rostros cortesanos, para no faltar en el de Luis una gran parte de lo que pasaba en su interior; y cogiéndole la mano con esa franqueza indiferente y voluptuosa que tienen las mugeres del gran mundo, le dijo con una risita de dulce espiacion.

—Me quedo mirar un tanto la curiosidad de V., y veo que la he urtido sobremasera.

—¿Pues qué, es una fábula la existencia de esa Magdalena? preguntó Meneses con extraña vivacidad.

—No, amigo mio: pero veo que se ha enamorado V. perdidamente del retrato.

—¿Tan visionario me hace V., condesa? preguntó Luis queriendo vumudar su arrebató.

—No tengo motivo para calificar á V. de ese modo; pero no extrañaré que lo sea. Yo no me leuro por visionario ni romántico, y muchas veces he concebido fuertes simpatias por personas á quienes solo conocia de fama. Y cosa extraña, cuando he tenido el gusto de tratarlas; generalmente se han aumentado mis simpatias. ¿Por qué no ha de suceder á V. con Magdalena, lo que á mí me ha sucedido con V.?

Estas últimas palabras de la condesa podian ser un simple cumplimiento, y tambien podian ser mucho mas. Luis, por modestia ó por timidez, las calificó de lo primero.

—Nada tendria de extraño que yo sintiera por la interesante Magdalena, ser fantástico ó extraordinario, una verdadera simpatia, cuando V. le sintió por mí, ser real y común. Pero debo confesar á V. que esa simpatia solo me inspira curiosidad; y mal podría inspirarme otra cosa, cuando tengo la dicha de encontrarme al lado de V.

Estas palabras de Meneses podian ser muy bien una respuesta muy galante al cumplido de la condesa, y tambien podian contestar directamente á la otra interpretacion de que eran susceptibles las palabras de la misma señora. La condesa quiso apreciarlas en su verdadero valor, y clavó en Luis una mirada penetrante. No sentia Luis pasion alguna por su nueva amiga, ni habia imaginado inspirarla, y por lo tanto no encontró la condesa en los ojos de Meneses esa virtudiosa que se descubre en los ojos de los enamorados cuando miran á sus ami-

das, y en los de los enfermos muy próximos á la agonía. La condesa era demasiado práctica para desconocer este sintoma; y calculando que únicamente debia procurar distraer á Luis hasta la hora de la comida, si queria hacerle todo lo agradable posible su hospitalidad, le propuso dar unas vueltas por el jardin, el cual estaba en comunicacion con el saloncito. Aceptó Meneses con júbilo una proposicion tan en armonia con sus aficiones campesinas; presentó su brazo á la condesa, y empezaron á caminar bajo los frondosos frutales.

El que ha rodado cuando niño sobre el húmedo y florido césped, natural alfombra de los jardines y los prados, se entristece cuando recorre las inmediaciones de Madrid, al pisar entre árboles, hijos de una vegetacion ficticia, arena tan desahogada y árida como la de los desiertos de la Arabia; y cuando vuelve á pisar el césped, alza la frente con orgullo, como el árabe corcel que mira las profundidades del desierto, inmenso campo á su carrera. Meneses habia rodado cuando niño sobre un césped tan matizado y esponjoso como una rica alfombra persa; Meneses habia pisado con fatiga la desahogada arena de los mas bellos paseos de la corte; Meneses volvia á pisar florido césped en el jardin de la condesa, y era inmensa su felicidad.

—¿Qué tiene V., amigo mio? le preguntó la noble dama, notando su extraña emocion.

—Tengo, señora, que veo á mi alrededor árboles cuyas hojas están brillantes como las esmeraldas; arroyos y fuentes que apagan, con su sola vista, la sed; y sobre todo, que siento crujir bajo mis plantas un césped mas verde que las hojas de los naranjos, y tan salpicado de flores, como el firmamento de estrellas en una noche de verano.

—Le sucede á V. lo que á mí. El campo me da nueva vida. ¿Pero me parece que me llaman?

—Efectivamente. Oiga á lo lejos repetir la palabra condesa.

—Pues apresuremos el paso, para que pronto nos encontremos.

#### CAPITULO XVII.

#### La bella escocgada.

La condesa y Luis caminaban con la mayor celeridad sobre el verde césped que tanto gustaba á Meneses, y segun iban adelantando, se oia la voz mucho mas cerca. La condesa debia conocerla, pero por silencio ó descuido, no manifestaba á su compañero su convencimiento ó conjeturas. De improviso cesó la voz que ya habian oido bastante cerca, precisamente cuando Luis y su nueva amiga entraban en una calle de castaños, tan gigantescos y acopados, que en balde procuraba el sol turbar la misteriosa oscuridad de aquella bóveda de ramas. Terminaba esta sombría calle en una especie de rotonda, formada por ocho castaños mas acopados y gigantescos que los de sus cuatros avenidas, en cuyo centro se elevaba una taza de mármol blanco, cuyo abundante surtidor se rompía en una bóveda de hojas, á quinco ó veinte pies de altura, cayendo en menuda lluvia de perlas ó en copos de apretada nieve. Junto á esta taza y arredillada sobre el césped, estaba una muger alta, delgada, jóven y hermosa, vestida con un ligero traje blanco y celestial, que despues de haber bañado su fresco rostro en los cristales de la fuente, se lo enjugaba con un pañuelo de batista.

—¿Distingue V., amigo mio, una muger arredillada en medio de aquella rotonda? preguntó la condesa á Luis.

—Si señora. Está arredillada junto á una gran taza de mármol, repuso Luis acelerando el paso.

—Pues esa muger arredillada y de espaldas hacia nosotros, es Magdalena.

—Luis cayó de rodillas. Ambaban de llegar á la entrada de la rotonda.

—Magdalena! gritó la condesa, queriendo aprovechar la turbacion de Meneses.

Magdalena se levantó, vió á Luis, dió un grito, y se cubrió el rostro con las manos. Meneses vió tambien el rostro de Magdalena, ahogó un suspiro y se levantó avergonzado.

—Perdónenme VV., amigos míos, dijo la condesa enlazándose entre las dos jóvenes, la sorpresa que les he causado. Sepa V., querida Magdalena, que mi amigo Meneses y yo hemos pasado toda la mañana hablando de V.; yo deseando tener el gusto de abrazarla por tercera vez, y mi amigo el de conocerla. La casualidad ha hecho que la hayamos encontrado hecha la niña de esta fuente, y Meneses, que tributa culto á la hermosura, cayó de rodillas en el dintel del templo, adorando su divinidad.

—Señora!... murmuró Magdalena, poniéndose mas encorvada que las amapolas silvestres.

—Señora!... murmuró Meneses no menos turbado que la jóven.

—¿Es verdad, amigo Meneses, que mi querida Magdalena es sumamente hermosa? preguntó la condesa.

—Es verdad, repuso Luis á media voz y profundamente conmovido.

Magdalena bajó los ojos con la timidez de una niña.

Efectivamente Magdalena era una criatura hermosísima: ninguna madre podía desear mas belleza para su hija; ningún pintor mas belleza para sus vírgenes. Rafael de Urbino no encontró en la tierra un modelo tan casto y puro para sus Madonas, Murillo tuvo que subir á los cielos para hallar el de sus divinas concepciones. Luis miraba á la hermosa jóven con asombro; y sin embargo fruncia los labios y arqueaba las cejas con franca expresion de disgusto. ¿No le parecia bastante bella? Sí, le parecia encantadora; pero fruncia los labios y arqueaba las cejas, porque la Magdalena de la fuente no era la Magdalena de la iglesia de San Lorenzo; porque la amiga de la condesa no era la sombra que perseguía Luis afanosos: en una palabra, porque un nombre lo habia engañado segunda vez.

La condesa, que se habia propuesto no perder ni una sola de las impresiones que en su concepto no podían menos de esprimirar dos personas puestas en contacto de un modo medianamente romancesco, llevaba sus miradas de Magdalena á Luis; y al fijarlas en este último, lela en su rostro un combate tan singular que no sabia como explicárselo. Comprendió al fin que Magdalena por timidez, Luis por preocupacion, y ella por querer observar demasiado, estaban guardando un silencio que se iba haciendo embarazoso; y dirigiéndose á su nueva amiga, dijo:

—Este caballero sabe ya que tuve el gusto de conocer á V. ayer; pero que la profeso una verdadera amistad.

—Mil gracias, señora condesa, repuso Magdalena poniéndose mas encarnada.

—Este caballero es un amigo mio de Madrid, que se llama D. Luis de Meneses; añadió la amable condesa.

—Y considero un alto honor el de ponerme á los piés de V., señorita, tartamudeó Luis sacudiendo su entorpecimiento.

—Yo me creo la favorecida, dijo Magdalena á media voz,

—Basta, amigos míos, de cumplimientos, dijo la condesa; y tomando el brazo de su amiga, añadió:

—Lo que ahora debemos hacer es pasear un poco por el jardín, y V., Meneses, no merecerá el nombre de jóven galante sino se apresura á formar dos lindisimos ramos de flores.

—No quiera Dios que yo merezca tan dura calificación; y si puede alegrar á un buen deseo y una actividad prodigiosa, no la mereceré jamás, repuso Meneses jovialmente, conociendo que su taciturnidad lo pondría muy pronto en ridiculo á los ojos de la condesa; y sin esperar nuevas órdenes se lanzó á los cuadros del jardín.

Luis habia comprado en su vida muchísimos ramos de flores para arrojarlos á los piés de las bailarinas y cantantes, ó ponerlos entre las manos de mas encopetadas damas; pero nunca habia tenido que poner en prensa su númen para confeccionarlos; y por lo tanto se encontraba en una posicion medianamente embarazosa. Sin embargo, se consagró con sumo afán á su tarea, y pronto se vió rodeado de flores que habian crecido juntas, y que juntas debían morir cortadas de sus verdes tallos. La condesa y Magdalena en tanto seguían su agradable paseo, y la primera, que parecia obligada á entablar las conversaciones, dijo á la segunda:

—Magdalena ¿qué tal ha parecido á V. mi amigo?

—Condesa, repuso la jóven ruborizándose como siempre, me ha parecido un caballero bastante fino.

—¿Nada mas que fino, querida? volvió á preguntar la condesa dando á su pregunta cierta entonacion maliciosa.

—He notado en él unos modales muy distinguidos, propios sin duda de su educacion cortesana.

—Pues me parece, amiga mia, que V. ha sorprendido á Meneses.

—No es extraño que mi aire de provincia sorprenda á un caballero de la corte, repuso Magdalena.

—No es su aire provinciano, querida, lo que ha sorprendido á Meneses, sino su hermosura.

—Condesa, V. sabe que no poseo esa hermosura que sorprende.

—Cuando se volvió V. á mi voz ¿no encontró á Meneses de rodillas?

—Si señora; pero en vano procuré explicarme aquella extraña posicion.

—Meneses es yo de rodillas al contemplar á V., Magdalena.

—Ahora me lo explico: ¿era una broma que tenían VV. combinada?

—No existía combinacion alguna. ¿No ha notado V. despues en Luis cierta turbacion?

—Ha notado, querida condesa, mucha distraccion y aturdimiento.

—Pues esa aparente distraccion, esa especie de aturdimiento...

—Señoras: concluí mi tarea; interrumpió Luis presentándose con un ramo en cada mano, no enteramente malve para ser su primera obra.

—Muchas gracias, murmuró Magdalena ruborizándose otra vez.

—Muchas gracias, amigo Meneses; veo que hace V. muy bonitos ramos, dijo la condesa riendo.

Luis conoció que aquel elogio podía ser muy bien una burla; pero

como no tenia pretensiones de florista, y creía impertinentes las acusas, respondió con desembarazo:

—Celebró mucho que mis ramos merezcan la aprobacion de V.; porque así podré aspirar, sin merecer la nota de temerario, á la plaza de su jardinero mayor.

—Está ocupada, amigo mio; repuso la condesa en el mismo tono de broma; pero queriendo premiar inmediatamente su mérito, le nombró desde hoy jardinero mayor honorario, con derecho á la primera vacante. ¿Admite V. el nombramiento?

—Lo admito, condesa, y me creó largamente recompensado.

—¿Creen VV. que debemos volver á mi saloncito de descanso?

—Como V. quiera: dijo Magdalena, jugando con su ramo de flores.

—Opino con V., condesa. Ha visto en el saloncito un piano, y como soy muy aficionado á la música... dijo Meneses, que al parecer habia recibido su buen humor.

—¿Querrá V. que cante Magdalena? dijo la condesa adelantándose hácia el saloncito.

—Tendría en éllo muy particular satisfaccion.

—Y con muy fundado motivo, porque Magdalena es una verdadera profesora.

—Es un favor que no merezco, y que me dispensa la tierna amistad de la condesa, dijo Magdalena.

—Ahora la veremos, añadió Luis, entrando el primero en el salon, y abriendo el piano.

La condesa unió sus instancias á las de Luis, Magdalena se escuchó sin zampoñeria; cedió como era natural; y poniéndose al piano, cantó con una hermosa voz de contralto la siguiente romanza:

Dos Angeles bellos  
Rasaron las nubes,  
Lanzando destellos,  
Hermosos querubes,  
Y en troncos de flores  
Sentárase los vi.

De aromas su aliento  
Las áuras benchía;  
Sus bucles el viento  
Galano mecia,  
Y tiernos amores  
Volaban allí.

A los dos sensible  
Adoró sin dolo;  
Pues me era imposible  
Amar á uno solo  
Después que los vi.

—Es una preciosa romanza, dijo la condesa acercándose cariñosamente á Magdalena.

—Ya tengo por ella una especial predileccion, dijo Magdalena separándose del piano.

—Y yo no recuerdo haberla oido nunca, observó Luis.

—Es mas que posible, repuso Magdalena, que parecia muy animada despues de concluido su canto.

—¿Tan rara es esa música que yo no debo haberla oido nunca? preguntó Meneses.

—Ya habrá V. notado que la palabra es castellana, y ha podido V. inferir que la música será obra de un compositor español, observó Magdalena sonriendo.

—Y segun V., hermosa Magdalena, ¿yo no debo conocer mas música que la que compongan los profesores italianos? Tiene V. pobrísima idea de mi españolismo.

—No lo he dicho por ello; pero generalmente solo se conocen las piezas de música correspondientes á óperas muy acreditadas, y esta romanza es una distraccion de ociosos.

—¿Hecha por V., Magdalena? preguntó Luis con cierto interés completamente artístico.

—No señor.

—¿Pero dedicada á V. al menos?

—A mí y á una primita mia.

—¿Quiere V. recitarle la letra?

—Con mucho gusto.

—La sopa, anunció un criado.

—Vamos, amigos míos, á la mesa, dijo la condesa levantándose.

—¿Dice la romanza?... insistió Luis.

—Despues de comer tendré el gusto de recitársela, repuso Magdalena. Meneses presentó su brazo á la condesa, y aplazó su curiosidad para despues de la comida.

CAPITULO XVIII.

Luis posee las tres virtudes teológicas.

Desde el saloncito de descanso hasta un cenador de jazmines y rosales, que debia servir de comedor á la condesa y sus amigos, no

pronunció Luis al una palabra: pero temióse asustando la idea que había concebido mientras confesaba los dos ramos. «Cuando conocí en Bayona á Remigia, se habló dicho, estubo á punto de desesperarme; y sin embargo, Remigia, antipática y fea, me dió noticias sin las cuales me hubiera sido muy difícil seguir la pista á mi adorada Magdalena. En Arechavaleta he hallado á qué confesa, que aunque marcadamente jansen, tiene talento, reserves y rasgos del pasado bello; y á una joven mucho mas hermosa que yo hubiera podido desearla antes de conocer á la Magdalena que persigo. Ahora bien, ¿por qué esas dos mujeres lindas no han de poder darme noticias tan interesantes como las que me dió Remigia?» Al pronunciar segunda vez el nombre de Remigia, recordó Luis que la pobre joven iba á tomar los baños de Biarritz, por enfermedad, y rogó á Dios fervorosamente que hallase en ellos la salud. Este ruego, dirigido al cielo en una situación tan crítica, era una prueba irrecusable de que existía en el alma de Luis un gran fondo de caridad. «Cuando vi á la Magdalena de hoy, prosiguió Meneses, me arrodillé, como hubiera podido hacerlo ante una imagen, porque tenía y tengo la mas profunda confianza de que, mas tarde ó mas temprano, ha de encontrar á la otra hermosa Magdalena.» Y como Luis al pronunciar estas palabras estaba muy lejos de ver á su querida sombra, probaba con ellas una fe tan firme como la de los mártires. «Y ya que engañó mi deseo, añadió en su mental monólogo, estoy seguro de que esta nueva Magdalena, tan linda y que canta tan bien, ha de revelarme la manera de encontrar pronto á la otra hermosa de su nombre.» Aquí manifestaba Luis toda la extensión de su esperanza, y explicaba la oculta causa de su repentina alegría.

Escuchado fuera decir que la condesa y Magdalena no poseían segunda vista, y por lo tanto, que solamente Luis sabia lo que pasaba en su interior.

Los segundos que favoreció Luis en su ingenioso raciocinio, los empleó la condesa en pensar sobre un específico que debía tornar en hebras de oro, algunas de plata que de vez en cuando maticaban su blonda y poblada cabellera. También Magdalena debía pensar en algo; pero con una reserva que haría honor al diplomático mas diestro; ha ocultado su pensamiento, y es imposible referirlo. Lo cierto es, que meditando se acercaron á la mesa, y que el olorillo de la sopa interrumpió oportunamente las más serias ocupaciones.

Cuando están sentadas á la mesa muchas personas, suelen presentarse incidentes muy dignos de ser mencionados; cuando entre personas distinguidas comen otras de mala educación, los incidentes se multiplican, y los hay sumamente cómicos; pero cuando se sientan á la mesa tres personas bien educadas, no sucede nada de extraño, y hay poquísimo que contar. La condesa había ofrecido á Luis una comida de familia, y cumplió fielmente su palabra. Una buena sopa, un cocido, un fríto, dos salsas, un asado y seis ó ocho postres no constituyen un banquete; pero cuando todos estos platos son buenos y están muy bien condimentados, se satisfará el apetito, y solamente un ploton puede quedar descontento. Ni Luisa ni Magdalena se encontraban en este caso, y agradecieron á la condesa su sabroso y familiar convite.

Servidos los postres, la condesa, que durante toda la comida había estado absortísima sin pensar, dijo á Luis:

—Amigo Meneses, los huéspedes de Arechavaleta tenemos la costumbre de dar, después de comer, largos paseos por sus pintorescas inmediaciones, y V. querrá indudablemente seguir esta buena costumbre.

—Cumpla fielmente aquel adagio, *Adonde fueres haz lo que vieres*, repuso Luis alegremente.

—Pues empezate V. por resignarse á estar solo un cuartito de hora.

—Permítame V. que la pregunte si esta privación tiene que ver con el paseo.

—Mucho que sí; pues me refiero á mi tocador para ponerme en disposición de pasear.

—¿Y esta señorita tambien? preguntó Meneses deseando hablar á solas con Magdalena.

—Esta señorita me acompaña. ¿Pues no es V. poco egoísta, queriendo privarme de la presencia de mi amiga? ¿Qué dice V. de ello, Magdalena? añadió la condesa con aparente severidad.

—Que se han propuesto VV. favorecer singularmente una compañía que vale muy poco.

—Pero V. por quién se decide en tan empeñado contiencio?

—Por V., condesa, por V.; dijo Magdalena al momento.

—Ya esperaba yo quedar vencido, observó Luis galantemente.

—Tardaremos quince minutos, y entre tanto queda V. dueño del jardín, repuso la condesa; y tomando el brazo de su amiga, se alejó con ella, dejando á Luis entregado á sus pensamientos. Meneses no se encontraba mal con ellos, y pasó los quince minutos sentado en la misma silla que ocupaba cuando se fueron las dos damas, apurando á pequeños sorbos una media copa de Champagne. La condesa era una

señora que cumplía fielmente sus palabras, cualidad que no tienen siempre las hombres y casi nunca las mujeres; y al cumplirse los quince minutos estaba de vuelta con su amiga.

—Levántese V., señor Meneses: dijo entonces en el comedor.

Luis se levantó sin decir palabra, como un recluta á quien se ralo de una órden.

—¿Parece que no lo ha pasado V. tan mal durante nuestra ausencia? insistió la condesa.

—Señora, no añada V. á la severidad del castigo la crueldad del sarcasmo: repuso Meneses.

—Pues vamos á dar nuestro paseo, si V. lo aprueba, caballero.

—Señora, sus deseos de V. son las órdenes que yo espero para cumplirlas.

La condesa, Magdalena y Luis abandonaron el jardín, y momentos después el pueblo, dirigiéndose á una glorieta desde la cual se descubría el más pintoresco panorama. Este grupo de tres personas se iba aumentando lentamente con varias señoras y caballeros que llevaban la misma dirección, muchos conocidos de Meneses, y todos de la amable condesa, que segun iba observando Luis, era aquel año el alma de la sociedad allí reunida.

Los conocidos y conocidos de Meneses le dirigian, como era natural, preguntas relativas á los motivos de su inesperada venida, y particularmente le preguntaban si pensaba permanecer. Estas preguntas, muy naturales y sencillas, no sabía cómo contestarlas, pues estando oculta por entonces su estrella polar, mal podía señalar el rumbo que había de marcarle esta estrella.

Luego que llegaron á la glorieta, se dividieron en varios grupos: Meneses procuró acercarse á Magdalena; pero como la fortuna no es para quien la busca, si no para quien Dios se la depara, por aproximarse á la hermosa joven, cayó entre las uñas de una vieja, célebre en la corte por sus malas obras y palabras, pues tenía una lengua como un hacha.

—Venga V. acá, buena pieza, dijo á Luis saliéndole al paso. ¿Cuánto ha venido V.?

—Señora, llegué esta mañana: repuso Luis procurando desembarazarse.

—¿Y piensa V. permanecer aquí toda la temporada de baños?

—Desearía permanecer, pero no puedo asegurarlo aun.

—Ya es V. bueno. V. trae por aquí, sin duda, alguna intriguilla.

—Señora, yo vengo, como todo el mundo, buscando del calor y...

—Ya. Merece V., según parece, las distinciones de la condesa.

—La condesa es una buena amiga, pero aseguro á V. que yo...

—No se meta V. á disculparla, pues es mujer que nada pierde por un amante mas ó menos.

—Pero, señora, si en mi vida...

—Dígame V. ¿dió V. pasaporte á la pobre Luisa?

—No comprendo...

—Hizo V. muy bien. Era buena muchacha y no fea, pero tan mala...

—Nepito á V. una y mil veces que no sé de quién V. me habla.

—Echela V. de reservado. Pues mire V., aunque parece tan pavita, ha tenido relaciones con un capitán de granaderos, con un estudiante de leyes, con un cantante...

—Pero, señora...

—Supuesto que V. se incomoda, no hablaremos ni una sola palabra de sus relaciones; pero en cambio nos ocuparemos de Catalina, que engaña á su marido; de Encarnacion, que engaña á su amante; de Faustina, que engaña á su marido y á su amante; de Rita, que engaña á sus dos amantes; de Micaela, que engaña á su marido y á sus dos amantes, de...

—Señora, señora!

—¿Y! perdónese V., yo no sabia que había V. tenido relaciones con todas ellas.

—Pero, señora, quién dice á V. que yo he ya tenido relaciones?...

—Esé mismo calor con que las defiende. Créame V., cuando le convenga tener ocultos algunos amores, aparente que no le importa su publicidad, y si le hablan de ellos, conteste ni negando ni concediendo; y por el contrario, cuando le convenga aparentar que le prefiere alguna dama, reciba las bromas que le den poniéndose furioso, y acabarán todos por creer que está en íntimas relaciones.

—Seguiré el consejo, señora: dijo Meneses, separándose de aquella arpa, y pensando si tendría razón.

Gravísimo daño había causado la vieja yñora á Meneses: pues, aprovechando los minutos que Luis había perdido, varios jóvenes rodeaban á la preciosa vascongada. Hubiera podido Meneses unir su incienso al que otros quemaban en las aras de aquella beldad; pero como no era su ánimo presentarse adorador de Magdalena, y no podía en aquel momento entablar la conversacion que se había propuesto tener, comenzó á recorrer los grupos, escuchando á sus conocidas, y combatiendo con sus amigos algunas bromas de buen tono.

Arabó de declinar la tarde, que pareció á Luis bastante larga, y á misteriosa luz de la luna succedió á la argentada del crepúsculo. Los varios grupos empezaron á confundirse, como se confunden las abejas al aproximarse la noche, y Meneses, que no habla perdido de vista á Magdalena, pensó en realizar su proyecto, cuando oyó la voz de la condesa que lo llamaba. Tembó Luis de pies á cabeza, creyendo que otro imprevisto inoportunamente iba á dilatar su conferencia; pero se estravió de alegría, oyendo decir á la condesa:

—Amigo Meneses, tenga V. la bondad de dar el brazo á nuestra hermosa amiga.

Meneses no necesitó que le repitieran la orden; presentó su brazo á Magdalena, y ocupó su sitio en la larga procesion de parejas que se iba formando á la voz de la deliciosa condesa.

—¿Se ha divertido V. mucho esta tarde? preguntó Magdalena á Luis, con cierta malicia, porque había observado la conferencia de Meneses con la vieja, y los asueros que había hecho para quedar en libertad.

—Magdalena, he sufrido esta tarde un doble y horrible tormento, repuso Luis dando un suspiro.

—¿Puede saberse en qué ha consistido ese horrible y doble tormento?

—Ha consistido en pasar mas de diez minutos al lado de una vieja que...

—No se cansa V. en retratarla, porque la he visto, interrumpió la joven riendo.

—¿V. le parece á V. soportable ese tormento, Magdalena?

—Podrá ser grande, pero no es doble, como V. habla querido presumirme.

—Se debe, porque me priva de la deliciosa satisfaccion de hablar á V.

—Conveniamos, señor de Meneses, en que la privacion no era grande.

—Yo á lo menos la consideraba grandísima é intolerable.

—Podrá ser; pero cuando V. quedó libre, ni siquiera vino á saludarme.

—Porque estaba V. rodeado de tantos adoradores, que una adoracion mas...

—No habíabamos de adoraciones, hablábamos de un simple saludo.

—Pues voy á confesar á V. dos de mis principales defectos.

—Pocas personas confiesan los suyos, y será un mérito esa franqueza.

—Yo soy muy egoísta y muy impaciente. En el primer concepto, renuncié á la felicidad que he de partir con otros varios; y en el segundo, cuando me prometen una cosa, no descanso hasta que me la cumplen.

—¿Y quiera V. decirme qué promesa esperaba ver realizada?

—La que V. me hizo de recitarme la letra de una linda romanza.

—Pues voy á cumplir mi promesa, para que V. no se impaciente.

—Y yo voy á ver si consigo grabarla entera en mi memoria.

(Concluirá.)

JOAN DE ARIZA.



(Punto en que tuvo lugar el abrazo de Vergara.)

## DEL VANDALISMO EN ARQUITECTURA.

### ARTICULO PRIMERO.

Si desventajoso y humillante bajo muchos conceptos resulta la comparacion para nuestra época respecto de las anteriores, bajo ninguno es tan palpable su decadencia como en orden á la arquitectura. Al fin las ciencias físicas, á espensas de las morales, sobre los fundamentales principios y luminosas teorías que otros siglos establecieron, ensanchan sus inventos y aplicaciones; al fin las sociales y filosóficas, con sus eruditas pretensiones y pomposo dogmatismo, encienden el gusto de la duda que las corren y esponzoña; y la moderna literatura con su brillante oropel deslumbrá y fascina; y la poesía suple con posturas afeltes sus perdidos encantos naturales; y las bellas artes para balagar la molición ó el orgullo de nuestra cultura conservan dulces ecos ó validos reflejos de sus lozanas inspiraciones juveniles; y hasta la tirénica ley de la moda, renovando sin cesar muebles, trajes, y los objetos de mas íntimo uso, no nos permite conocer cuando pierden á cada cambio en gusto, solidez y riqueza. Con mas ó menos lozanía, y hasta con apariencias de progreso algunas, se mantienen todos los ramos del saber y las flores del ingenio y los frutos de la industria; solo de la arquitectura dudarse puede, no ya si adelanta, pero si existe siquiera. Negada al trabajo de construir, no siempre con solides, rara vez con ornato, con buen gusto casi nunca,

casas y edificios particulares; destinada al uso individual, sometida esclusivamente á las necesidades y exigencias de la vida común, posponiendo la belleza á la comodidad, bien ó mal entendida, y la misma regularidad á mesquinos cálculos de especulacion ó economia, de noble arte que era ha bajado á ser oficio, perdida toda significacion general, toda idea artística, toda mira elevada. Todavía sin embargo se llama arquitectura; como si la conversacion se paragonase con la oratoria, como si las cartas y libros de memoria cobrasen pretensiones de obras literarias.

¿Y en qué consiste esta precoc ruina, esta degeneracion anticipada? Consiste en la irrupcion del individualismo, de la personalidad egoísta, del materialismo disolvente; y sus estragos, antes que en otra arte ninguna, dejan sentirse en la que especialmente vive del espíritu social, retrata sus vicisitudes, y se desenvuelve en públicos edificios y durables monumentos. ¿Cómo podrá pues esperarse otra cosa que la anarquía moral de nuestra época, la estiracion de los grandes sentimientos, la incertidumbre de los ideas, el predominio de los intereses, la interioridad de las obras, el embobamiento del pectus insulso? ¿Cuál otra puede ser su fin que la de alinear calles, acumular pisos, adornar mostradores? Si por excepción se presenta alguna grandiosa construcción que buere, algun monumento que levante, cuanto mayores sus proporciones sean, pórtese mas de manifiesto la nulidad é impotencia á que está condenada; sin pensamiento, sin estilo propio, sin atenderse á la imitacion de ninguno, las bajas y con-

fundle todos, produciendo incoherentes amalgamas, en delatada serviles copias, en su conjunto monstruosas creaciones. Inferior en grado al barroquismo, que original era al cabo, bien que profuso y estravagante; inferior en regularidad á la clásica restauración greco-romana; bien que intolerante y seca, nuestra arquitectura carece de homogeneidad; y la ecléctica consideración y el entusiasta culto que á los pasados géneros afecta tributar, encubre una desdichosa indiferencia hacia todos ellos, creyéndose dominarlos ó remediarlos bien ó mal, y erigirse un altar sobre sus hecinados escombros. Su ostentidad la vuelve austriaca y la aliza contra sus modelos; de lo pasado se cuida poco por preocupación, del porvenir por conciencia de su debilidad. Fáltale de noble ambición, cuanto de insensata vanidad le sobra; aislando sus miras en el tiempo como en el espacio, separa, molida, desmenuja, adilata para hoy según le place ó le conviene, sin pensar en mañana; pero le importa que la futura generación no herede sino montones de ruinas ó legajos de insensatos proyectos. Y ¡ojala al menos que de sus escasas y merquidas obras no quedasen sino las cuevas, que por ellas acaso juzgaría la posteridad que muy grandiosas y soberbias debieron ser las fábricas en que se emplearon tan enormes sumas!

Apenas se comprende cómo nuestros constructores, titulados arquitectos, al modo que un versificador pudiera llamarse poeta, adornados de todos los conocimientos auxiliares que su profesión requiere, provistos de académicos diplomas, rodeados de modelos en mil y mil láminas reproducidos, no alcancen (¿dijémoslo á imitar?) á comprender siquiera las maravillas del arte, que los rudos pedreros, los humildes maestros de la edad media, con el instinto mejor que con la ciencia de las reglas, y con la inspiración de la fe y de la belleza, nos legaron; que esquiven tan sobradamente las dificultades que se complacen en vencer, aquellos que tan ástrés se les quedan, no solo en la parte de invención y ornato, sino en la solución de mecánicos problemas, en corpes atrevidos, en geométricas proporciones, y hasta se ausentan de la gallarda y ligereza de los antiguos monumentos, como si á desplomarse fuesen sobre sus cabezas. Apenas se comprendo, repetimos, tan poca oscuridad en el apogeo de las luces, tanta impotencia en el seno de los recursos, tanta barbarie á la sombra de la civilización. Y á fin de encubrirlo nada se perdona para estraviar el gusto, para permitir lo que copiar no es posible, para rebajar las reglas al nivel de las facilidades presentes, y erigirlas en tiránico código, para quitar del medio todo término de comparación odiosa, para deslumbrar y sorprender los sentidos, adular los intereses, plagarlos de caprichos, é imponer al vulgo, en una palabra, con su magistral charlatanismo y decantadas mejoras. Preciso es confesar que el objeto se ha logrado, y que este falso gusto de relumbrar se acredita y cuando á las mil maravillas, y que de grado ó por fuerza cada cual se apresura á conformar su nuevamente construida ó heredada mansión, á esa simplificación admirable, á esa regularidad onicantadora, á ese brillantísimo requete que identifica entre sí las manzanas, y rejuvenece nuestras ciudades. Jamás se corrompe el arte, sin que pasando el error de los profesores al público, haga cómplice á la opinión de sus estravios: á los mas informes abortos del ingenio nunca han faltado numerosos y sineros administradores. Tal habrá miembro de todos los cuerpos arqueológicos y artísticos, que transforme en cuadrados balcones los gallardos ajimeces góticos de su casa, ó haga picar las delicadas plateras azules de sus ventanas para reconstruirlas á la inglesa: tal habrá, suscriptor nato á todas las obras pintorescas, que derribe por los cuarentos su caseron antiguo, si de su nueva distribución ha de resultarle un aposento mas. Todos, mal que nos pese, llevamos inculcado en nuestras venas la manía de la destrucción y las pretensiones de reformistas; y har á la ilustración de nuestros tiempos la conservación de monumentos y antigüallas, es entregar al capricho de un niño un precioso dije ó un lindo pájaro, que tan pronto lo mira y acaricia, como con ciega inhumanidad lo destruye.

Por eso tal vez á su cargo efesó deber tomarla el gobierno, para- do apenas el primer impulso revolucionario, creando bajo todos sus nombres y formas imaginables, multitud de juntas arqueológicas y artísticas, salvadoras ó conservadoras, que reparesen en lo posible los daños ya causados, ó le advirtiesen de los sucesivos, estimulando con señas circulares su celo y el de las autoridades que debieran apoyarlas. Pero el mismo número de ellas publica su ineficacia; y su existencia es tan nominal é ilusoria, que ha habido necesidad de recordarla é menudo para que no se creyese estinguída. Y no ciertamente por haber cesado los males y peligros para cuyo remedio se establecieron, ó por faltarles ocasiones de llenar su noble encargo: no ha pasado, no, la época de devastación y vandalismo que yermó milos áulos de bellezas y profundo los mas gloriosos recuerdos; la sigue esta postrada á la raíz del árbol todavía. Ya no se hiede por lo general á nuevas víctimas; pero muestran de las heridas ó de consumo las cicatrías que escaparon del fatalismo destructor. Los monasterios continúan arruinándose en los despoblados, ó sirviendo de gran-

ros; los edificios religiosos en el recinto de las ciudades se desmoronan lentamente si yacen abandonados, ó pierden de pronto toda su hermosura artística, y mas tarde tambien su existencia si se les destina á usos corrientes; en el primer caso mueren á manos del tiempo, á manos del hombre en el segundo. Apenas hay monumento que no dependa del capricho de un particular el reformarlo ó estragarlo; y ninguno hay del cual las autoridades locales, políticas ó militares, no puedan echar mano en casos de apuro, incluyendo en estos la llegada de unas cuantas compañías mas de lo regular, ó el voto de un perito cualquiera, para demolerlo si estorbe ó amenaze ruina, para destinarlo á cuarteles, almacenes ó usos semejantes, que convierten muy pronto en ruina al mas sólido edificio, si promete sus ciertos años de vida. En tal situación, ¿cuáles han sido y continúan siendo los resultados verdaderos de semejantes corporaciones? Instalarse con estéril aparato para no volver á reunirse, ó reunirse sin trabajar, ó trabajar sin conseguir, ó conseguir sin obtener los recursos indispensables para su propósito; recibir del gobierno séptimas promesas de apoyo y asignaciones de caudales, y de las autoridades locales ciertas benévola sonrisas por tomar unas y otras tan al pie de la letra; sumarse en cualquiera lucha, ya con funcionarios públicos, ya con particulares, empuñada á favor de un monumento; asistir cual mudo testigo y hasta cual cómplice en apariencia, á la destrucción de las fábricas y objetos mas interesantes que la patria, el capricho ó la codicia se hayan propuesto aniquilar. Falta de prestigio y de recursos, al menos las comisiones de provincia, que de la central creemos que así no sea, ¿qué edificio han logrado arrancar al furor ó á los cálculos del vandalismo? ¿qué riguroso fallo suspender? ¿qué golpe parar del hacha destructora? ¿qué gotera remediar si á espaldas propias no ha sido? ¿qué socorro tender á su desvalida grandeza ó hermosura?

Ente tanto en insignificante mejoras de comodidad y ornato, en proyectos tan pronto acometidos como abandonados, en un paseo ó fuente, en costosas traslaciones de establecimientos y oficinas de uno á otro edificio, en las mismas demoliciones, se invierten enormes sumas, cuya mitad bastara para conservar y adaptar á nuestros usos las grandes fábricas de nuestros antepasados. Nunca se había visto tan gravado con gastos de esta clase el presupuesto; nunca sujeto á tantas trabas y á tan onerosas condiciones el derecho de edificar. No hay apenas exantamiento ni concejal que no se haya propuesto fundir y regularizar la población á su manera, trazando líneas sobre el mapa topográfico, cual sobre un yermo erial lo hiciera, sin desviarse jamás su inflexible recta por consideración alguna, á no ser una que otra personal. La primera piedra que de antigua fachada se desprende, entraña consigo la ruina de toda ella, para ser luego, sube Dios bajo qué plan, reconstruida; los aenos mueren, los salobres se despejan, los muros se blanquean, las calles se ensanchan para abrir paso al carró triunfal de la civilización, y si por ellas no cabe, se le franquea brecha, como al caballo de Troya; al través de monumentos seculares. Por lo demás, dentro del círculo de las compilaciones municipales, en cada lugar y sazón modificadas, bajo la firma de un maestro de obras competente, y con el visto bueno de las comisiones á este fin autorizadas, cualquiera es dueño de realizar los despropósitos mas absurdos en arquitectura, con tal que en correcta forma- cion se alinosen, sometiéndose á ese tipo geométrico que sin distinción de climas y de países, sin filosofía y sin arte, sin respeto alguno al carácter histórico, y como á propósito para destruir toda platería perspectiva, se ha constituido como ideal de la belleza y último y absoluto fin de toda mejora. Y á este tribunal formidable para los edificios privados, agrégase respecto de los públicos el de los ingenieros, que vigilantes custodios de la fortificación y defensa, fiscales de la pública seguridad, picándose poco de artistas por lo general y avezados á estudiar y considerar las obras bajo otros aspectos, no siempre dan al monumental é histórico la importancia debida, exigiéndose tal vez la responsabilidad de su ministerio. Sea dicho sin ánimo de herir los servicios de tales cuerpos ni las luces de sus individuos; pero dálemos de qué sus casi omnimodas facultades sirvan de rémora tantas veces al espíritu de conservación, y de instrumento al de ruina; que su firma autorice tan amañado los cruels fallos que han herido de muerte á innumerables monumentos, y que la declaración de ruina haya recaído infaliblemente sobre los edificios que había interés en destruir, como nunca faltan al vencedor prestados de conspiración ó fuga para deshacerse de sus prisioneros. ¿Cuántos no sería la gloria de su profesión, si lejos de ser considerada como una máquina de guerra ó ingenio de batir, sirviera de dique á esa manía destructiva que á los azares de la guerra civil sobrevive y á los furrotes de la revolución!

J. M. CUADRADO.